



La política agraria en España

Danilo TRELLES. Especial para El Día

El tema de la política agraria en España, ha sido dominante en la historia del movimiento obrero, donde ha cobrado relieves verdaderamente dramáticos a través de las sucesivas instancias porque ha atravesado. En ciertos períodos sin embargo, coincidiendo con el desarrollismo industrial de los años 60 y la pérdida de población activa del sector agrario, los problemas de esta área quedaron transitoriamente relegados.

Sin embargo, la crisis generalizada de la última década, en el que coinciden la crisis de las materias primas de origen agrario, la expansión alarmante del desempleo rural y la nueva concepción de la necesidad de proteger los recursos naturales, volvieron a atraer el interés de los sectores progresistas españoles sobre el campo.

Se añade además, la necesidad de mantener la independencia alimentaria, la de garantizar la demanda creciente de alimentos, la posibilidad de conquistar mercados externos, el dar respuesta a los nuevos hábitos alimentarios y la actual crisis de materias primas, todo lo cual ha transformado al campo de un sector primario y aislado, a una posición en la cual la agricultura es un sector prioritario, profundamente ligado a la economía del país.

Sería difícil sin embargo comprender de qué manera se han generado las actuales relaciones del sector agrario, sino se analiza la evolución de la agricultura a nivel mundial.

Las producciones agrarias son estacionales y los productos agrarios perecederos, mientras que las necesidades alimentarias son cotidianas. Este desequilibrio puede ser corregido en parte, por el desarrollo de las agroindustrias, especialmente en épocas de crisis, en que las materias primas adquieren valores especulativos.

La política agraria en los EU está marcada por tres factores condicionantes: el dominio del mercado internacional, la evolución de la tecnología y el alto desarrollo industrial, este reto ha sido interpretado por sus dirigentes a través de una estrategia en la que se alternan dos factores principales, "átomos para la guerra, con maíz para la paz. Dominando el mercado internacional a través de dos factores cruciales en la vida de los pueblos: la alimentación y el armamento.

Así, alrededor del 80 por ciento de la soya, el 50 por ciento del trigo y del maíz, y más del 20 por ciento de las materias primas de origen vegetal, son vendidas en los mercados internacionales por multinacionales de los EU.

Estas cifras relativas se concretan en la exportación norteamericana de 36 millones de toneladas de trigo (la mitad del total mundial), 45 millones de toneladas de forrajes (2/3 de las exportaciones del mundo), 15 millones de toneladas de oleaginosas (la mitad mundial) y 1/3 del arroz mundial, comercio en el que sin embargo, no son dominantes, ni productores destacados.

La penuria alimentaria causada por la Segunda Guerra Mundial, facilitó la primera expansión de la agroindustria norteamericana. En esa época las firmas de ese país dedicadas a las conservas vegetales **Meinz, Belmonte, Castle, And Cook y Libby**, crearon 91 filiales en el extranjero, de las que 30 instalaron en Europa, 15 en Canadá y 46 en países en vías de desarrollo. Al mismo tiempo se verifica la expansión espectacular de las "cinco grandes" (**Continental, Cargill, Dreyfus, Andre y Bunge**) que se hacen con más del 70 por ciento del comercio mundial de cereales.

Los años 60 ven adquirir dimensiones monopolísticas a estas multinacionales, que actúan en un mercado cada vez más amplio del que eliminan a las pequeñas y medianas empresas, que son incapaces de resistir tan dura competencia. De esta manera logran abarcar todos los aspectos del comercio y la producción de alimentos, desde la semilla certificada hasta el hipermercado.

Esta penetración internacional es decisiva y no sólo sucumben en ella los países menos desarrollados, sino incluso los grandes países industriales ya que en naciones como Francia, la penetración es del orden del 25 al 50 por ciento; en la RFA del 50 al 70 por ciento; en Bélgica y Austria en torno al 20 por ciento; en Canadá entre el 25 y el 50; en Japón alrededor del 25 por ciento; en Gran Bretaña, Italia y Australia la proporción no resulta tampoco despreciable.

Estas grandes empresas no se limitan a manejar la producción norteamericana, extienden sus redes más allá de sus fronteras, así dominan el mercado de cereales y soya en la CEE, así como la producción canadiense, argentina y australiana. Su enorme potencial económico, les permite dominar las grandes operaciones en los mercados mundiales, que son complejas y arriesgadas. De esta manera controlan el mundo sometiendo a su voluntad política y económica a países enteros, sobre los que dejan caer según convenga a sus intereses la amenaza del hambre.

Para ello, estas grandes multinacionales se dotan de una serie de normas internas y externas que favorecen su penetración implacable, segura y silenciosa en los mercados. Tratan de ocultar su nombre, que rara vez aparece en la prensa. Generalmente no tienen tierra, ni plantaciones, ni acceden directamente a los agricultores y los precios altos, los consumidores.

Transforman y distribuyen sus productos a escala mundial, disponiendo para ello de flotas de transporte y redes de almacenamiento propias; compran materias primas y venden sus transformados (azúcar, tortas, harinas, piensos etc).

Cabe destacar también la detallada estrategia que desarrollan para la conquista de nuevos mercados, dirigida principalmente hacia los países con menor desarrollo, cuya actividad principal suele ser la agricultura. La estrategia que utilizan puede ser bastante eficaz, pues para ello usan todos los poderes que les concede la administración estadounidense.

Se empieza por imponer un modelo de desarrollo que prioriza el sector industrial, modelo en el que asimila el sector agrario tradicional con "atraso", para lo que aconsejan llevar a cabo "reformas agrarias" modelo de alta rentabilidad. Ello implica el abandono de cultivos tradicionales, la introducción de variedades y tecnología norteamericana, el abandono masivo del campo, la implantación finalmente de industrias transformadoras y comerciales ligadas a sus propias multinacionales.

Los países desarrollados tampoco se escapan a esta estrategia, como hemos visto.

Así la agroindustria y la política comercial agroalimentaria, son factores determinantes en la transformación del mundo de hoy. Baste decir que, a comienzos de los años 30, la mitad de los cereales eran de consumo directo humano, mientras que en los 80 se altera, sensiblemente esta proporción, ya que solamente la ganadería de USA y URSS consume el 25 por ciento de los cereales de la tierra.

La crisis ha realzado la importancia relativa del sector agroindustrial. El simple crecimiento vegetativo de la población difícilmente permite reducir el volumen global de alimentos consumidos. Además, la alimentación, no ha sido contenida, incluso en períodos de recesión como el actual.

Por otro lado, la imposibilidad de limitar la mano de obra del campo, dada la regresión de los sectores industriales y de servicios, y la restricción de las inversiones públicas generales y agrícolas, dan lugar a una situación de disminución absoluta y relativa de la renta agraria **per cápita**, lo que ha llevado a solicitar aumentos sucesivos de los productos agrarios, muchos de cuyos insumos están ligados a los sectores del petróleo y la petroquímica.

La agroindustria posibilita un complemento de las rentas agrarias, evitando el tener que recurrir únicamente al incremento de los precios, facilitando a su vez, la reconversión natural de mano de obra agrícola, en mano de obra industrial y posibilitando a los campesinos la constitución de cooperativas. De esta forma, si con carácter general la agroalimentación tiene desempeño estratégico, en épocas de crisis este carácter adquiere particular relieve.

En una próxima nota vamos a analizar qué características asumen estos problemas en el complejo agroalimentario español y cuáles son las políticas que se han asumido en los últimos tiempos para tratar de resolver sus problemas.